

Los Fantasmas se Enriquecen

Angel Rama

1337 054/22



Lauren Bacall por sí misma.

UN AVISO de la prensa norteamericana advierte: "Si Ud. es actriz o ha tenido alguna relación con un actor, este es el año apropiado para que escriba su autobiografía". La incitación nace del éxito fulgurante del libro *Lauren Bacall by Myself* (Knopf) primero en todas las encuestas de popularidad desde su aparición hace dos meses, pero ya hace bastante tiempo que las vidas de actrices y actores ocupan regularmente los cabezales de las listas de "best sellers", lo que ha llevado a la competencia por parte de casi todas las figuras públicas, ídolos o villanos de la política, como lo muestran las recientes confesiones de Betty Ford que cuenta atentamente sus curas de desintoxicación alcohólica o las de Bob Hadelman, colaborador y cómplice de Nixon en las irregularidades de Watergate.

La inmoderada pasión norteamericana por las vidas privadas, gracias a la cual, cualquier cosa que se subtitule "A Biography" es un éxito de librería, combinada con los eficientes mecanismos de la industria cultural que se ha posesionado de las editoriales, no sólo de las revistas y televisoras, ha conducido a una epidemia autobiográfica. Todo el sistema informativo, cuya acentuación sobre el individuo en sí, su diferencia y su rareza, es característico de la cultura norteamericana, venía conduciendo a una producción editorial en torno a las "estrellas" que fabrica la gran "máquina de sueños" cinematográfica. Esa tendencia deparó innumerables biografías a cargo de escritores más o menos conocidos que sin embargo no excitaron al público y hoy se encuentran en las mesas de saldos a mitad de precio de cualquiera librería: *Monty*, una biografía de Montgomery Clift por Robert La Guardia; *Vivien Leigh*, una biografía por Anne Edwards o *Sinatra*, "una biografía no autorizada" por Earl Wilson, que recuerda el escándalo de la *Autobiografía de Howard Hughes* por la cual éste hizo echar en la cárcel a Clifford Irving obligándolo a que al salir de ella publicara el libro como una "obra de ficción".

El siguiente paso, que ha conquistado al público, ha consistido en transformar las "biografías" en "autobiografías", lo que ha excitado la curiosidad de las gentes hacia el plano de confesiones íntimas y de peculiares maneras de decir lo ocurrido que cabría esperar de los artistas puestos a contar sus vidas. Salvo que ser una figura pública o actuar maravillosamente sobre las tablas, no proporciona ninguna garantía de que se sea capaz de escribir, no digamos una obra literaria, sino meramente el recuento de la propia vida. Para eso es necesario apelar a otro tipo de especialista: a un escritor. Bueno o malo, alto o bajo, lo indispensable es contar con un "profesional" capaz de revisar un manuscrito, ordenarlo y valorarlo, en el mejor de los casos, o, con mucha más frecuencia, de escribir de punta a punta la historia que confusamente cuenta el artista prologado o, incluso, capaz de inventar de punta a punta una vida interesante para la voracidad del público. A este escritor llaman los norteamericanos "ghostwriter".

Universal - 27/mayo/79

americanos "escritor-fantasma", sustituyendo la tradicional denominación del medio intelectual europeo que hablaba de "escritores-negros", es decir, de esclavos, para quienes abastecían la nutrida producción de los "escritores-marcas-de-fábrica" como Alejandro Dumas o como fue, en el 900, Andrés Willy (salvo que en ese caso la "negra" que le escribía los libros era su mujer y una genial escritora que al recobrar la libertad conyugal recogió todos esos libros bajo su verdadero nombre: Colette).

La industria editorial norteamericana agotó hace décadas el sistema de los libros-reportajes que remedan los recursos un poco primarios del periodismo, limitándose a hacer preguntas y registrar respuestas, porque salvo que se trate de apetitosas revelaciones, por lo común sólo se recoge en este tipo de material aportes documentales, sin duda interesantes, y la fachada pública del personaje. Para acceder a un campo más rico, más íntimo y original, se ascendió a las "biografías" donde hay un remedo novelístico en curso o a las reconstrucciones semi-narrativas de grandes escándalos públicos, de las cuales fue un buen ejemplo *A sangre fría* de Truman Capote y una penetrante sátira el libro del novelista James Purdy *Volviendo a Cabot Wright*. El tercer escalón, el de las "autobiografías" ha sido ascendido ahora, pero en él los protagonistas van acompañados de un servicial "fantasma" que se encarga de la verdadera tarea.

Tiene buenos antecedentes: el éxito de *Blind Ambition* la autobiografía de John Dean (fantasma: Taylor Branch), o de *The Lonely Life*, la autobiografía de Bette Davis (fantasma: Sandy Dody), o la autobiografía de Hedy Lamarr, quien llevó hasta los tribunales al fantasma que le escribió *Ecstasy and Me. My Life as a Woman*. Pero ahora es la catarata: el *Self Portrait of Gene Tierney* (Mickey Herskowitz), *Life is a Banquet*, exitosa autobiografía de Rosalind Russell (fantasma: Chris Chase) o la misma *Lauren Bacall by Myself* que si bien parece haber sido escrita por ella, admite la intervención del editor de Knopf, Robert Gottlieb, sin contar la mucha ayuda que le presta el relato emocionante de su vida con Humphrey Bogart que parece de pluma de escritor.

La diferencia entre otros tiempos y los presentes radica en que los "fantasmas" ya no pasan desapercibidos, muestran una permisiva tendencia a ocupar espacio físico, a opinar sobre su propio trabajo sin demasiado rubor y, sobre todo, a cobrar una suculenta parte de los derechos de autor. El periodista Mickiko Kakutani ha hecho una excelente encuesta para el *New York Times*, interrogando a los fantasmas y averiguando cuánto han percibido. El efecto es descorazonador para los escritores de verdad: ni John Updike, ni Bernard Malamud, que acaban de dar a conocer grandes obras literarias, podrían competir con las ganancias de los fantasmas. Chris Chase reconoce haber recibido 100.000 dólares de Betty Ford por seis meses de trabajo; Joseph DiMona

recibió de Haldeman por el libro *The Ends of Power* un adelanto de 150.000 dólares a cuenta del 50% de los "royalties" que se calculan en un millón de dólares. En general se estima que trabajar de fantasma reditúa unos 200.000 dólares al año por lo menos, dependiendo mayores réditos del éxito que se obtenga con el libro y de los términos del contrato celebrado.

Aunque los fantasmas todavía no se han sindicado, ya se han dado a conocer y en algunos casos han establecido un renombre firme en la especialidad. Es el caso del locutor televisivo de deportes, Mickey Herskowitz que ya tiene en su haber una quincena de libros escritos todos desde el año 1973 en adelante y que incluyen autobiografías de Gene Tierney, Dan Rather y Mark Spitz. Pero han sido las mujeres quienes se han destacado más en el oficio: Chris Chase aseguró su éxito con su autobiografía de Rosalind Russell que ya está en pocket-book y ahora con la de Betty Ford; June Callwood, la periodista canadiense, fue responsable del libro de Bárbara Walters que arrasó con las ventas y aseguró las finanzas de Doubleday, a partir de uno de los títulos más inverosímiles y más representativos de la industria cultural presente: *How to Talk With Practically Anybody About Practically Anything*, indispensable lectura para quienes concurren a cocktails.

Algunos fantasmas han alcanzado la taumágica transformación en cuerpos vivos, es decir, en escritores. Es el caso de quien escribió la *Autobiografía de Malcolm X* y hoy cuenta con toda la financiación de parte de *Reader's Digest* para escribir las obras con su propio nombre: Alex Haley, el autor de *Rai-ces*, que no faltará aguafiestas que diga que está peor escrita que *Malcolm X*. Otros, que han trabajado ocasionalmente para políticos (y la lista es extensa y suntuosa) han continuado con su propia obra literaria que siempre quedó al margen: es el caso de Archibald McLeish. Otros, por último, han aprendido el oficio de narradores mientras iban contando vidas ajenas desde el punto de vista de sus protagonistas: es lo que dice Gerald Frank quien ha escrito las autobiografías de la cantante Lillian Roth, de la actriz Diana Barrymore, de la columnista Sheilah Graham, tan ocupada con su trabajo periodístico que no podía escribir su propia vida.

Sobre los conflictos que esta asociación ha promovido entre las partes, mucho más frecuentes que las amistades, sobre todo tratándose de temperamentales criaturas que ven con horror cómo progresivamente los fantasmas se apoderan de la respetabilidad intelectual, se hacen corpóreos y hasta escriben sus propias memorias contando de ellas como meros accidentes o personajes ocasionales, sobre esos conflictos, quizás ilustra la segunda guerra mundial. Alguien ha dicho que la empecinada guerra del general De Gaulle contra el mariscal Petain fue, no para liberar a Francia, sino para vengarse de quien lo usara en su juventud como "escritor-fantasma". ★